



Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Francisco Javier Guiroy**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Laura Moreno García

Portada y maquetación

Vasco Lopes

Corrección

Abel Carretero

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Septiembre de 2021

ISBN: 978-84-18013-87-4

DL: B 14842-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Francisco Javier Guiroy

LO QUE
QUEDÓ
BAJO LA
NIEVE



Nova Casa Editorial



Este libro he querido dedicárselo a esos alumnos que me dieron fuerza y alegría durante tantos años, a mis compañeros de enseñanza, quienes afrontan una de las tareas más hermosas y desafiantes de la actualidad. Y, por supuesto, a Julieta, la mujer que me acompaña en cada camino, especialmente en este que, casualmente, llamamos vida.



PARTE I

«Sí, para nosotros es tierra en los zapatos. Sí, para nosotros es piedra entre los dientes. Y molemos, arrancamos, aplastamos esa tierra que con nada se mezcla. Pero en ella yacemos y somos ella, y por eso, dichosos, la llamamos nuestra.»

ANNA AJMÁTOVA

«Siempre que trato con hombres del campo pienso en lo mucho que ellos saben y nosotros ignoramos, y en lo poco que a ellos importa conocer cuanto nosotros sabemos.»

ANTONIO MACHADO

«A un gran corazón ninguna ingratitud lo cierra, ninguna indiferencia lo cansa.»

LEÓN TOLSTOI



I

1899

—Calla, Iliusha —susurró su madre.

San Nicolás parecía mirarlo fijamente, hasta lograr hacerlo sentir acongojado de haber roto el sagrado silencio solo por querer agradar a Katya con una broma.

Se mantuvo estático unos segundos, y poco a poco relajó sus músculos al comprobar que nadie lo observaba. Bueno, San Nicolás seguía allí, pero él era de madera. No contaba.

Las rodillas le dolían un poco, y es que llevaban mucho tiempo arrodillados. Entendía que era un día especial, y cada día así conllevaba alguna ceremonia solemne y eterna, aunque no por serlo tenía para él un significado particular. Debía obedecer, decía su papá, y ser devoto, agregaba su mamá. Lo intentaba, no es que no lo hiciera, es que simplemente no le salía.

A veces deseaba ser como su hermano Yegor, quien se entregaba en un trance místico cada vez que entraban en la iglesia. O tal vez como su hermana mayor Alina, siempre tan devota y dispuesta a servir a los demás.

Pero él era distinto. Quizás por eso quería tanto a Katya. Solo le superaba en un año, aunque parecía haber desarrollado su carácter mucho antes que cualquiera, al punto que con once primaveras ya no anhelaba ser alguien más que ella misma.

—Suba mi oración como incienso en tu presencia —exclamó con voz gruesa Grigoriy, el sacerdote de la ciudad.

Desconfiaba de él. Nunca le había hecho nada, no, pero su personalidad fría lo asustaba, y más lo hacía la influencia que tenía sobre Yegor y su padre. Sus rígidas reglas se seguían en su hogar, y con frecuencia alentaba una especie de efervescencia apocalíptica que solo traía sombras a su vida. Era en esos momentos cuando Piotr, cabeza indiscutida de su hogar, parecía descargar la angustia acumulada bajo proclamas del fin de la tierra. Por suerte, meses habían pasado ya del último episodio, y la vida parecía volver a su curso natural en Bui, la imponente fortaleza de Catalina la grande.

Illya, o Iliusha, como le decía su madre, entendería recién muchos años después que la ciudad de su infancia, esa imponente empalizada que había protegido a la madre Rusia del enemigo, no era más que una pequeña aldea rodeada de bosques sin prácticamente ninguna relevancia para el poder imperial. Pero la nieve y la distancia muchas veces tapan la realidad, y el caso es que Bui, para sus habitantes, era el lugar más importante del mundo. No era una casualidad que la gran zarina le hubiese dado categoría de ciudad hacía más de doscientos años. Nadie agregaba el detalle que cientos de aldeas habían visto elevar su condición en el mismo momento. No era necesario. Bui había sido elegida por Catalina, y hasta allí llegaba el asunto.

Tan importante era aquel detalle, que Piotr y Oksana habían nombrado a su segunda hija en honor a la gran emperatriz.

Yekaterina nunca había emitido opinión por esa decisión, aunque en casa no se permitía que las mujeres hablaran libremente.

Quedó absorto por sus pensamientos por un largo momento, y fue el brusco movimiento de Piotr al levantarse lo que lo espabiló. Era hora de irse. Se preguntó por qué no habían recibido el misterio en una misa tan importante, pero no conocía todos los ritos que oficiaba el padre Grigoriy, y, en realidad, tampoco le interesaban demasiado.

No había cruzado aún la puerta de madera cuando una brisa helada golpeó su rostro, haciéndolo sonreír. Amaba el invierno. Por momentos era aburrido, y su madre no les dejaba salir de casa. Pero cuando el clima parecía calmo y amable, no perdían la oportunidad para colarse en el bosque a jugar. Katya era siempre quien dirigía. Nadie se atrevía a llevarle la contra, ni sus hermanos ni los demás niños del pueblo. En definitiva, era mejor así. No había otra con tanta imaginación como ella, y solo siguiendo sus indicaciones podían terminar algún plan sin dejarlo a medias antes de cenar.

Ese día ya no habría tiempo. Eran pocas horas de luz para compartirlas con una ceremonia tan larga. Pero no se entristeció, sino todo lo contrario. Sabía que en esa jornada en particular la oscuridad traería alegría y entusiasmo. Cuando la noche reclamara Bui, la ciudad se cubriría de fiesta.

Su madre parecía apurada en llegar a la isba¹, y dejaron que se adelantara un poco con Alina. Eran las responsables de la cena, y todavía quedaba mucho por preparar. Piotr y Yegor, por otro lado, decidieron esperar al padre Grigoriy para luego

1 Casa típica rusa, construida al colocar marcos cuadrados de troncos sin un solo clavo.

acompañarlo a la pequeña plaza donde, si la nieve no los sorprendía, se juntarían todos los habitantes de la ciudad para recibir la bendición antes de comenzar a comer.

—Mejor para nosotros —pensó Illya. Solo quedaban Katya, el pequeño Misha y él, por lo que podrían hacer la vuelta más interesante. No tuvo ni que proponerlo, ya que su hermana repentinamente se internó un poco en el bosque y cogió unas ramas con las que armó una pequeña camilla.

—¿Se habrá dado cuenta? —preguntó ayudando a subir a Mijaíl al improvisado centro de madera.

—¿De qué? —replicó Katya.

—De que intenté hacerte una broma.

—¿Papá? No. Estaba tan concentrado en el canto, que no debe de haberse dado cuenta. De todas formas, no lo volváis a hacer. Sabes que me divierto contigo, pero en la iglesia debemos guardar silencio.

—Pensé que no te tomabas muy en serio lo que tiene el padre Grigoriy que decir.

—No lo hago, pero tampoco quiero provocar enojo en papá ni tristeza en mamá. No es cuestión de obrar porque sí. Hay que pensar antes.

—Lo siento.

—No lo sientas. No has obrado con maldad. Quizás con estupidez.

—No todos somos tan inteligentes como tú —agregó Illya jocosamente.

Katya le respondió con una amplia sonrisa. Era menuda, más incluso que él. Su pelo rubio era suave y ondulado, aunque estaba firmemente atado y cubierto por un tocado que revelaba solo su rostro. No era considerada la muchacha más bella del

pueblo, de hecho, Alina era mucho más hermosa, pero el carisma de Katya y sus penetrantes ojos la hacían una de las más prometedoras esposas para quien lograra cautivar a Piotr. Claro que todavía era joven, pero ya comenzaba a hablarse del tema.

—¡Más rápido! —ordenó Misha con voz dulce e infantil. Tenía tan solo cuatro años, pero ya participaba de cada juego que se proponía entre los niños de la aldea. Era el preferido de Katya, sobre todo por su personalidad rebelde en pleno desarrollo. Illya sentía celos con frecuencia, pero también se dejaba seducir por las ocurrencias del pequeño.

—¿Quieres que lo hagamos interesante? —le preguntó Katya con picardía.

—Me apetece correr un poco —insinuó con complicidad justo cuando Misha entendió qué tramaban.

Se adentraron un poco más en el bosque, hasta llegar a una pequeña colina que en su extremo oeste estaba totalmente despejada, y que en línea recta desde allí les permitiría llegar casi sin esfuerzo al poblado. Lo habían hecho muchas veces, pero no por eso dejaba de ser excitante. Como siempre, Katya fue quien dirigió la operación. Primero, debían juntar más troncos, luego, atarlos utilizando la misma corteza de las ramas.

Desde la cima se alcanzaba a notar el humo de las chimeneas. Posiblemente alguno provenía de su isba, lo cual significaba un recinto caliente e inundado de olor a coles y setas para cuando llegaran.

—¡Vamos, Misha! —gritó Illya cuando vio el trineo terminado—. ¡Debemos llegar antes de que Yegor y Alina se lo coman todo!

—¡Y papá! ¡No olvides a papá! —respondió divertido el pequeño.

—¡Eso! ¡Que es un glotón!

Katya comenzó la carrera. Debían atravesar toda la cima hasta llegar al punto donde el descenso se hacía pronunciado, y allí subirse también al trineo para conducir la operación y proteger a Misha, quien iría en medio.

—¡Más rápido! —exigió Misha—. ¡No seáis tan flojos!

La ocurrencia de su hermano hizo reír a Katya, lo que le impidió ver una pequeña raíz en su camino. Apenas la notó cuando tropezó con ella, provocando que soltara a su vez la rama que le servía para empujar.

—¡Illya! —advirtió—. Vas solo.

No importaba. Mil veces lo habían hecho de a dos, y nada había ocurrido.

Siguió empujando hasta que llegó al punto de descenso, y motivado por el entusiasmo de Misha, saltó con audacia hacia el extremo trasero del trineo. Tomó rápidamente el tronco que le permitiría darle dirección al descenso y apuntó hacia una corta planicie que disminuiría, al final, la velocidad.

Rápidamente cogieron ritmo, y el viento frío en el rostro los obligó a fruncir el ceño y a callarse por un instante para concentrarse en el camino. El bosque se mostraba imponente delante de ellos, alternando sus tonos verdes, grises y blancos, mientras que desde atrás se podían sentir los gritos de aliento de Katya, aunque ella no pudiera participar.

Illya se puso serio un instante, ignorando la repentina carcajada de Misha. De forma extraña, le parecía que habían cogido demasiada velocidad. Posiblemente la nieve estuviera demasiado compacta, o algunos rayos de sol que él no recordaba habían hecho resbaladizo el hielo.

Misha gritaba ahora de la emoción, sin notar siquiera el semblante de su hermano. Ningún grito de Katya podía ayudar desde esa distancia. Ni siquiera para avisarles de que unas rocas se habían librado de la cárcel de nieve, y que, ocultas tras un montículo, esperaban a su próxima presa.

Ni siquiera lograron verlas antes de que estas destrozaran la base de troncos que sostenía el trineo, para dejarlos luego rodar caóticamente por varios metros hasta que la misma planicie que marcaba el fin del juego detuviera la caída.

No sintió nada por un instante, ni siquiera su respiración. Se desesperó al no saber si se estaba quedando sin aire, pero un sobresalto instintivo lo inclinó, y tras un par de segundos volvió en sí. A lo lejos, notó que una figura se acercaba corriendo y tropezando a la vez. Reconoció rápidamente a Katya, y casi de inmediato se levantó para buscar al pequeño. Un llanto ahogado le sirvió para localizarlo. Misha había aterrizado a una veintena de metros y, si bien parecía pararse sin problemas, su cara estaba ensangrentada y cubierta de lágrimas.

Lo abrazó y, por primera vez, su hermano se lo permitió. Mijaíl siempre había sido reacio a ese tipo de afecto, incluso con su madre.

—¡Misha! —gritó Katya, que parecía haberse tropezado casi tanto como ellos.

—Está bien —respondió Illya con calma para serenar el susto de su hermana—. Sangra un poco porque tiene una herida aquí —dijo señalando la frente del pequeño.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—No, Illya. No lo estás —respondió tras mirar aterrorizada el brazo de su hermano.

Solo allí lo sintió. Siempre se preguntó si fue más la desesperación de ver su brazo torcido o el dolor en sí. La mirada de susto de Katya no le ayudó tampoco para controlarse. Comenzó a correr hacia la aldea con un loco frenesí, intentando pensar lo menos posible en su hueso y evitando caer para aumentar la tragedia. Segundos que parecieron horas, así lo recordó siempre. El bosque parecía no acabar nunca y la lejana humareda de las chimeneas se alejaba a cada paso. De pronto, sus lagrimales comenzaron a dolerle, pero un fuerte dolor en la mandíbula no le permitió llorar con libertad.

—¡Mamá! —chilló desesperadamente cuando logró distinguir la isba. Tan fuerte lo hizo, que antes siquiera de llegar a la puerta Alina y su madre salieron con prisa.

Ese fue su último recuerdo de aquel día.

* * *

Despertó sin tener noción alguna del tiempo que llevaba allí. Ni siquiera reconocía el lugar. Las paredes de aquella isba estaban repletas de libros, y solo una tintineante chimenea iluminaba vagamente el resto del mobiliario. Por un momento pensó que estaba solo, pero luego reconoció una espalda encorvada que cada tanto se enderezaba para desperezarse. Intentó visualizar quién era, pero una mano tomó su pecho para empujarlo nuevamente sobre el colchón de paja.

—No debes hacer movimientos bruscos, al menos por unos días.

—¿Mamá? —indagó Illya. Recordó al instante por qué estaba allí, y observó su brazo herido. Sin embargo, no vio sangre, ni siquiera su propia piel. Una superficie blanca y dura

cubría su brazo desde el hombro hasta la mano, sin dejarlo siquiera moverse en lo más mínimo—. ¿Qué me han hecho? —preguntó desconcertado.

—Agradécele a Mister Eaton —respondió la borrosa figura al tiempo que se levantaba de su silla. La luz del hogar iluminó un poco su rostro, lo suficiente para hacerlo reconocible.

—Señor Kozlov —exclamó Illya.

—Es un milagro que haya estado aquí —afirmó Oksana levantándose a la par que su anfitrión. Kozlov era un personaje atípico en Bui. No tenía gran fortuna, pero sí había cultivado su mente como nadie en la aldea. De hecho, provenía de San Petersburgo, donde había estudiado medicina hasta casi acabar sus estudios. Fue justamente su falta de dinero lo que le impidió finalizar, y lo que a su vez le hizo decidir instalarse en algún recóndito lugar que necesitara de sus conocimientos. La vida lo llevó a Bui, y Bui lo enamoró. Sus bosques, sus largos inviernos, la simpleza de sus habitantes y la estima con que lo trataban terminaron inclinando la balanza. Con el paso de los años comenzó también a visitar la ciudad de Kostromá, a cien verstas² de distancia, donde podía estar al tanto de los últimos descubrimientos y técnicas, además de divertirse un poco. Pero siempre volvía allí. Maksim Kozlov era, a su vez, joven y guapo, y ser el centro de la atención de las muchachas del pueblo le gustaba.

—Gracias —murmuró Illya con voz entrecortada—. Pero... ¿qué me han hecho? —preguntó al observar nuevamente su brazo.

2 Medida de longitud equivalente a 1,068 km. La versta se utilizó hasta 1924, cuando se adoptó el sistema métrico decimal.

—Es yeso de París —explicó Kozlov—. No te preocupes. Se usa mucho en las ciudades de Europa. Mantiene tu brazo quieto hasta que el hueso se recompone.

—¿O sea que está allí dentro?

—¿Dónde más podría estar? —replicó el doctor, divertido.

Illya respiró aliviado. Sentía un dolor agudo debajo de aquella amalgama blanca, pero confiaba en aquel personaje, como lo hacían todos.

—¿Estaré bien? —preguntó con cierto temor.

Oksana suspiró profundamente, y el doctor la miró con cierta reprimenda en su intensidad.

—Mira, muchacho —dijo sentándose al lado de sus pies—, es pronto para saberlo, pero es mejor estar advertido y preparado para lo peor. Tu brazo ha sufrido más de una ruptura y, si bien recuperarse del todo es una posibilidad, también puede ocurrir que no sea el mismo, y que no puedas moverlo tan libremente como el izquierdo. ¿Entiendes?

No lo hacía. Intentó imaginarse utilizando solo su brazo inhábil, pero no lo logró. De alguna manera, sentía incluso algo de fuerza en su brazo herido.

—¿Misha? —preguntó sin dar demasiada importancia a su propio diagnóstico.

—Tu hermano está bien. Ahora mismo debe de estar haciendo alguna de sus travesuras —explicó su madre—. Duerme, debes descansar.

—Haz caso —ordenó Kozlov—. Ya todo está bien.

El doctor volvió a su pequeño escritorio, donde tenía desplegados una decena de libros.

Illya cerró los ojos, y tras sentir las caricias de su madre en su pelo, entró rápidamente en un sueño liviano. Pensó antes

de dejarse llevar qué sucedería si solo se quedaba con un brazo, pero nuevamente sintió algo bajo el yeso y, tras sonreír levemente, se durmió.

* * *

—Oye, deja algo para nosotros —reclamó Katya mientras Misha se apuraba por beber todo, a modo de broma.

En la inmensidad del bosque se sentían seguros. Era algo que solían hacer cuando no tenían cosecha que levantar o siembra en la que ayudar. Por eso amaban el invierno. No los intimidaba la nieve; ¿cómo podía hacerlo, si era siempre el escenario de sus aventuras?

—Ven, dame. —Illya quitó bruscamente de las manos de su hermano el pequeño recipiente que contenía la savia del abedul. Habían dejado que se llenara por un día, y casi no quedaba nada.— Diablos, Misha —rezongó al sentirlo vacío—. No es gracioso. ¡No te rías!

—Calla —interrumpió Katya mientras miraba fijamente hacia un punto entre los árboles. Por un instante, Misha e Illya se observaron sin comprender qué podría haber visto u oído su hermana, hasta que finalmente se dirigió a ellos.— Debemos ir con cuidado. Ya estamos cerca.

Recobraron la marcha con lentitud, aunque frenaban a cada instante. Alrededor, un sinfín de abedules dominaba el terreno, dando la impresión de no acabar jamás, pero tras unos minutos reconocieron una pequeña humareda en el aire, y luego, ya más cerca, una isba en medio del bosque.

La conocían muy bien. De hecho, era su objeto de diversión de las últimas semanas, desde que la nieve había comenzado a

ceder. Allí vivía un hombre de lo más particular. Su padre les había pedido que no se acercaran a él, pero Piotr casi nunca estaba en casa y, además, tampoco les había dado una razón. Solo sabían que era enorme, y que vivía desde hacía un par de años en aquel lugar. Cada tanto visitaba la aldea para comprar algunas verduras en el mercado, y podía incluso vérselo en alguna misa especial del padre Grigoriy, pero no mucho más.

El juego era simple. Debían acercarse lo suficiente para no errar, y desde allí arrojarían una piedra hacia las paredes de madera de la isba. Cuando aquel extraño hombre saliera para ver de qué se trataba, tocaba correr por el bosque hasta perderle de vista. Podía parecer un entretenimiento estúpido, pero lo divertido era escucharlo insultar a los cuatro vientos.

En general, les gustaba ir más tarde, pero Katya había sido astuta al recomendar otro horario para no caer en una trampa, por lo que ese día partieron a primera hora. Oksana estaba demasiado atareada, y tampoco sospechaba que algo raro ocurría. Los niños iban a jugar al bosque, pensaría, como prácticamente todos en aquel poblado.

Decidieron agazaparse y utilizar sus manos para acercarse. Illya solo podía hacerlo con una, ya que, si bien el doctor Kozlov le había quitado el yeso, aún no tenía fuerzas para moverlo con normalidad. A veces, el dolor era tan grande, que lloraba por horas hasta que su madre le preparaba sbiten³ y se dormía.

La isba era pequeña, pero más que suficiente para un solo hombre. Sus dos ventanas estaban cerradas, y un vidrio empañado les indicaba que seguramente su dueño estaba cómodo y caliente.

³ Bebida con base de miel, especias y hierbas curativas.

Mejor. Más se enojaría.

Misha ya tenía una piedra en la mano, aunque en realidad nunca llegaba ni siquiera a acercarse a su objetivo. Solo Katya podría lograrlo, ya que Illya aún no controlaba su brazo derecho con soltura. De igual manera, Katya tenía una puntería excelente, por lo que los dos varones se dispusieron un poco detrás, preparados para correr cuando fuera el momento.

La piedra recorrió el trayecto en forma limpia, y con absoluta precisión golpeó una de las paredes provocando un ruido seco y fuerte.

Misha se levantó para comenzar a correr, pero al notar que sus hermanos se mantenían estáticos, volvió a acostarse.

—Es extraño —indicó Katya agudizando la mirada—. Debería de haber salido ya.

—Tal vez no está —sugirió Illya.

—¿Y dónde más, si no? No es día de feria. Además, fijate, tiene un fuego encendido. Quizás duerme. —Tomó otra piedra cercana, y apenas levantándose la arrojó, con el mismo resultado. Sin embargo, nadie salió.

—Te digo que no debe de estar —repitió Illya.

—Está bien. Volvamos mañana —resolvió Katya antes de levantarse. Dio media vuelta mientras se quitaba la tierra pegada a su camisa, y antes de volver levantó el rostro.

Un hombre alto y barbudo los miraba fijamente. Tendría unos cincuenta años, y su tapado de piel de alce cubría prácticamente todo su cuerpo.

Illya no supo cómo reaccionar. Observó rápidamente a su hermana, pero esta parecía paralizada. Misha era quien más cerca estaba del aparecido, y aun sin poder verle la cara, comprendía que también estaba bajo pánico. Por un instante pensó

en correr, pero eso dejaría al más pequeño en desventaja, y un pensamiento de culpa le impidió dar el primer paso.

Sorpresivamente, quien rompió aquella tensión fue el alto hombre.

—Conque vosotros sois quienes me molestan cada día. Vaya, si por un momento pensé que erais más grandes.

Katya intentó responder, pero las palabras quedaron presas en su garganta.

—Debería despedazarlos por arruinar mi calma —agregó con voz enfadada—. Y quizás lo haga.

—No... no es necesario —respondió Misha.

—¿No es necesario? —De repente, una risa estruendosa brotó de aquel hombre. Tan estrepitosa era, que Misha comenzó a llorar del susto.

—Vamos, vamos. No lloréis —continuó endulzando su tono—. Me has hecho reír con tu respuesta. No os haré nada. Solo deseaba asustaros un poco. ¡Y bien merecido lo tenáis!

—¿Podemos irnos? —preguntó Katya—. No volveremos, lo juro.

—¿Por qué tan pronto? ¿Acaso tenéis otro compromiso? ¿Otra persona a quien perturbar? Vamos, quedaos un rato. Tengo el samovar⁴ listo para servir.

Illya miró a sus hermanos un instante, pero terminó tomando él la decisión. Era su oportunidad de ser valiente.

—Aceptamos.

—Si no nos mata —agregó Misha, provocando otra grotesca risa.

—Muy bien, entonces; venid.

⁴ Recipiente metálico que sirve para hervir agua y mantenerla caliente para el té.

Caminaron detrás suyo con miedo, aunque al entrar a la isba todo cambió. Se imaginaban un interior tenebroso y oscuro, pero encontraron un espacio bonito y acogedor. Las paredes estaban decoradas con telas de diversos colores, y la pequeña estufa alcanzaba para calentar cada rincón. Solo una cosa les provocó cierto recelo. Una larga espada colgaba de una columna de abedul.

—Mi nombre es Andrey, Andrey Morózov.

—Nosotros somos Illya, Misha y Katya —respondió el primero señalando a cada uno.

—Es un placer —replicó Andrey de forma muy respetuosa—. Lástima que no nos hayamos conocido antes. Me hubiese ahorrado varios sustos.

—Lo siento —murmuró Katya.

—Bueno, ya es cosa del pasado. Debo admitir que rompían la monotonía.

—¿Por qué vive tan lejos de la ciudad? —indagó Misha con su tono infantil.

Andrey observó un instante la ventana. Desde allí podían verse las copas de varios abedules meneándose con el viento.

—Porque quería escapar del barullo de las ciudades. De las de verdad —explicó con cierta melancolía—. Verán, soy militar de carrera. Pertencí al Regimiento de Preobrazhenski, la impresionante fuerza creada por el zar Pedro. El grande, claro, no el inepto. Ingresé cuando tenía más o menos vuestra edad. Impresionante, el ejército ruso. Lo es sin dudas. Me ha dado mucho más a mí de lo que yo he podido ofrecerle. Saben, he conocido lugares increíbles, desde desiertos desolados hasta bosques mágicos, superficies cubiertas de hielo hasta el infinito y ciudades inmensas. Y todo esto sin salir de nuestra amada patria.

—¿Y por qué abandonaste? —preguntó Katya intrigada.

—No abandoné, como dices —respondió Andrey algo molesto, aunque al instante recuperó la compostura—. Mira, así como nuestro glorioso ejército me dio momentos únicos y el orgullo de haber pertenecido a él, también hubo experiencias malas. Muy malas. No quiero hablar de ello, pero el punto es que solicité otra función dentro de mis posibilidades, y eso me llevó a San Petersburgo. En ese entonces era *stabskapitan*⁵ del cuerpo de infantería, y podía ser útil en el entrenamiento de los cadetes de la escuela Pávlovsk.

Los tres hermanos escuchaban fascinados. No conocían mucha gente. Menos aún a alguien tan experimentado. ¡Si hasta conocía la capital!

—Diez años serví allí —prosiguió el soldado—. Pero no aguanté más. La ciudad me asfixió.

—¿Hay demasiada gente? —indagó Illya.

—Sí, pero no era eso, sino algo muy distinto. Me indignaban la hipocresía, el egoísmo y la opulencia. Verán, en San Petersburgo hay mucha riqueza. Los palacios se suceden uno al otro, y compiten para ver cuál es más grandioso; carruajes adornados con oro, plata y bronce deambulan por sus calles intentando hacer visible la fortuna de su propietario, esquivando con asco la miseria de millares de hombres que se amontonan en barrios de miseria absoluta. La majestuosidad del teatro Mariinski y sus óperas no logran acallar el llanto de los niños muertos de hambre que claman sin entender por qué siempre se sienten igual. No conseguí calmar mi conciencia, ni entender cómo quienes llevaron a Rusia a ser el imperio

5 Rango militar original del ejército prusiano.

más extenso del mundo no pudieran ver con ojos de amor a su propio pueblo.

Solo Katya e Illya lograban comprender a qué se refería el militar, aunque Misha conservaba el silencio en forma respetuosa. Algo había en la forma de hablar de ese hombre, algo romántico y sensible, pero a la vez firme y poderoso.

—En fin —prosiguió Andrey—, las preguntas que rondaban mi cabeza me obligaron a alejarme de aquel escenario y buscar consuelo en lo que yo creo es el alma de la patria.

Los hermanos percibieron cómo de repente eran observados con una suave expresión de ternura.

—Vosotros —aclaró—. Los campesinos de Rusia. Es en vosotros donde está nuestro espíritu. Nunca lo había tenido tan claro.

Andrey se levantó y cogió el samovar. Tomó luego cuatro tazas pequeñas y las sirvió con cuidado.

—Ahora bebamos —indicó—. Contadme. ¿Quiénes son vuestros padres? ¿Tenéis más hermanos?

Misha vio su oportunidad para participar y comenzó a relatar con la simpleza de su edad la composición de su familia y las características de cada uno.

Illya lo escuchó un instante, pero luego notó que su hermana estaba distraída, y se preguntó qué estaría pensando. Nunca supo que Katya había entendido exactamente el reclamo del viejo soldado, y que, de algún modo, ella también se sentía así.

* * *

Era aún temprano cuando Piotr lo levantó en forma algo brusca.

—Vamos —ordenó—, debemos visitar al señor Baranov.

Illya conocía al dvoryanstvo⁶ de Bui. Más de una vez lo había visto rondando el pueblo, aunque siempre asistía solo. Al parecer, tenía familia, pero por algún motivo no frecuentaban los mismos lugares. Tampoco comprendía del todo la relación que su padre tenía con él, solo que le debía dinero por las tierras que trabajaba, aun cuando Piotr no las hubiese elegido, sino que las había recibido en herencia, junto con la deuda.

Bebió un poco de té, cogió su abrigo, su ushanka⁷ de piel de conejo y salió rápidamente. Yegor estaba ya afuera, esperándolos.

Tomaron el camino que sucedía el puente sobre el Kostromá⁸ y se dirigieron hacia la residencia Baranov, a unas cinco verstas de distancia. Al principio, el trayecto le pareció tedioso y aburrido. Piotr no hablaba mucho y Yegor a cada rato le reprendía sin motivo. No tenía mucho cariño por su hermano más grande. Tenía una mirada seria de la vida, siempre temeroso del castigo eterno y de la opinión del padre Grigoriy. Una vez, Katya le explicó que Yegor era en realidad una persona gravemente turbada e insegura y que, como no lograba controlar sus pensamientos, los trasladaba a ellos con quejas y retos.

Haciendo caso omiso a las reflexiones de su hermano, Illya decidió dejarse llevar por su imaginación. El bosque siempre lo ayudaba a ello. Podía imaginarse como un rico boyardo en su fortaleza, o como un soldado experimentado similar a

6 Terrateniente.

7 Gorro.

8 Afluente del Volga.

Andrey, combatiendo en cualquier extremo de Rusia por el zar y la patria. En general, sus escenarios ficticios incluían a Katya y Misha, pero jamás a Yegor, Alina o a sus padres.

Volvió a la realidad cuando distinguieron la cúpula bulbosa que el terrateniente había mandado construir el año anterior como símbolo de su riqueza. En la edificación habían participado, entre muchos otros, Piotr y Yegor, como servicio compensatorio por no cubrir el pago anual con la cosecha.

Cada año pasaba lo mismo. A veces hasta Misha participaba de algún capricho que Baranov les imponía. Solo un par de años antes la familia entera debió ayudar en el armado de una red y un gran espacio cuadrado que serviría para un juego de moda entre los ricos. Recordaba el día del estreno, y cómo tuvo que sostenerse con cuidado de una rama de abedul para intentar distinguir a la distancia el resultado de su trabajo.

El palacio era enorme, aunque Andrey les había hablado de construcciones mucho más grandes. Tenía al menos veinte ventanas de cara al sur, y un color celeste claro que contrastaba suavemente con los marcos blancos de las aberturas. El edificio entero estaba rodeado de un jardín sumamente cuidado, y una quincena de jardineros se encargaba de mantenerlo todo a la perfección.

Reinaba un ambiente de paz y tranquilidad, pero, extrañamente, se sintió incómodo, como si ese mágico lugar lo rechazara.

—Quédate aquí —ordenó Piotr al llegar a la escalinata de la entrada.

—Pero, Yegor...

—Yegor es el mayor, y en el futuro será quien se encargue de nuestras tierras. Debe aprender a manejarlas.

Su hermano asintió mirándolo con desdén, y subió tras su padre. Tuvieron que aguardar unos minutos antes de que les abrieran la puerta y lo dejaran solo, sin nada más que hacer que esperar.

Decidió así sentarse en el primer escalón.

Era un día claro y fresco en el que las nubes se mostraban intermitentes cuando no dejaban ver un cielo azul intenso. La vista desde allí era hermosa. El bosque se abría en una línea casi perfecta en paralelo al frente del palacio, dejando en medio una planicie verde casi perfecta, solo interrumpida por algunas islas de flores y, por supuesto, por la cancha de ese deporte extranjero.

Esperó un largo rato, pero nada cambió. Su padre no salía, y los jardineros no parecían prestarle atención. Se animó a levantarse y a caminar un poco por la prolija entrada que atravesaba en forma recta el jardín. Un fuerte dolor apareció en su brazo derecho, aunque era tan frecuente que había aprendido a controlarlo.

—Soldado, eso —pensó *stabskapitan* como Andrey, o *kapitan*. Quizás contraмаestre, si se unía a la Armada. Aunque también podría ser médico, como Kozlov, o comerciante, como algunos que visitaban la ciudad por unos días para ofrecer todo tipo de chucherías.

—¿Quién eres tú?

Levantó asustado el rostro, aunque se calmó al ver unos ojos celestes y dulces que lo miraban fijamente. No era posible asustarse frente a ella.

—¿Quién eres? —preguntó insistentemente la niña.

—Yo... yo soy Illya.

—¿Illya, qué? —replicó con cierta impaciencia. Era claro que para ella el nombre familiar era el más importante, o tal vez así le habían enseñado.

—Illya Petrovich.

—¡Ah! Eres siervo de papá.

—No somos siervos —afirmó Illya un poco ofendido.

—¿Tu padre trabaja para el mío?

—Sí, pero...

—¿Y le debe dinero?

—Eso no quiere decir que...

—Entonces eres su siervo.

—¡No! —gritó sin querer. De repente, su brazo derecho comenzó a dolerle más de lo habitual.

—Vamos, vamos. No te enojés, que tampoco es algo malo. Rusia es grande gracias al trabajo que hacéis para nosotros.

Intentó contenerse, pero aquella niña de ojos claros se lo ponía difícil.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó intentando canalizar su molestia.

—Mi nombre es Larisa Romanovna Baranova, y esta es mi casa. ¿Os gusta?

—Mucho. Es muy... bonita.

—¿Bonita? Es hermosa y, sobre todo, muy grande.

Illya no lograba reconocer si ella le estaba hablando con pedantería o con una sinceridad infantil. Por la franqueza de su mirada se inclinó a juzgarla por la segunda posibilidad.

—Lo es. ¿Vives con mucha gente?

—Mis padres, aunque gran parte del año están en Kostromá o en San Petersburgo, y mis hermanas. Son más grandes y no me hacen mucho caso.

Illya se sintió identificado. Yegor le causaba rechazo y miedo, y con Alina prácticamente no conversaba.

—¿Por qué te tomas el brazo? —preguntó Larisa agarrándole inocentemente el codo sin previo aviso.

—¡Larisa! —se oyó desde lejos.

La niña retrocedió asustada, e Illya copió la reacción sin tener idea de qué sucedía.

Un hombre se acercó rápidamente con cara de enfado. Era alto y medio calvo, y su vestimenta era extraña y limpia. Un extraño bigote adornaba su rostro, cubriéndole con sus puntas parte de las mejillas. Detrás, Piotr y Yegor le seguían mientras agitaban sus manos al cielo.

Illya creyó que aquel sujeto se dirigía a la niña, pero solo a unos metros entendió que no. Él era su objetivo.

—¿Qué diablos haces con mi hija, mequetrefe? —exclamó tomándolo del brazo dañado—. ¿Acaso no os han enseñado a respetar a una dama de clase?

No supo qué responder. Estaba asustado y percibía cómo la presión que ejercía el terrateniente acrecentaba su dolor.

—¿No dices nada? ¡Ah! Osa desafiarme con su silencio —señaló Baranov mirando a Piotr.

—¡No ha hecho nada, papá!

—Tú calla —respondió con el rostro rojo por la furia—. Ya hablaremos de esto.

Sin que nadie lo detuviera, Baranov lo tironeó en dirección al palacete. Illya intentó provocar la reacción de su padre, y luego, la de Yegor, pero ambos lo miraban con enojo y decepción. ¡Todavía no comprendía qué había hecho mal!

De pronto se vio en el suelo, y al levantar su rostro notó un pequeño tronco enfrente. Un nuevo tirón llevó su brazo hacia adelante, y luego el otro. El dolor se acentuó cuando Baranov tomó sus manos al otro extremo del madero y las ató.

Cerró los ojos e inhaló para evitar llorar. Sabía qué le esperaba. Piotr ya le había regalado en el pasado esa experiencia.

El chasquido solo lo hizo cerrar los puños con fuerza, pero no ayudó a controlar el dolor que le produjo el primer contacto. Luego la carne se separó con fuerza cuando el látigo volvió a su estado original.

—Quizás eso es todo —pensó respirando agitado, pero su deseo se frustró con el siguiente chasquido.

Por mucho tiempo se convenció de que fue el dolor lo que quedó grabado en su mente, y por más aún, el abandono de su padre, pero en el fondo siempre lo supo. Nada le afectó más, nada lo hirió más que sufrir tal humillación frente a Larisa. Y, sin embargo, cuando el recuerdo le retorció las entrañas, siempre se calmaba al recordar sus palabras.

—¡No ha hecho nada, papá!

* * *

—No nos han dado ni una porción de tierra buena. Solo nos queda la parcela rocosa de siempre —explicó, disgustado, Piotr—. Estuve cerca de conseguirlo, muy cerca.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Oksana.

—Él —señaló Yegor—. Él sucedió.

Illya se quedó estático en el umbral de la puerta. No sabía si podía entrar o había perdido ese derecho. Por más vueltas que le daba en su cabeza, todavía no comprendía qué había hecho mal, pero seguramente había sido algo muy grave. Tanto como el dolor de su espalda. En total había recibido cinco latigazos, y habrían sido más si los gritos de Larisa no hubieran frenado el arrebató de su padre.

—Iliusha —murmuró Oksana, conmovida por la postura de su hijo.

—¿Acaso lo tratarás con dulzura cuando ha causado la ruina de nuestra familia? —exclamó Piotr—. No lo permitiré. ¡Quédate fuera! Yo seré quien diga cuándo puedes entrar en esta casa. ¡Y tú no lo impedirás! —agregó dirigiéndose a su esposa antes de cerrar la puerta de la isba.

De pronto, no hubo más ruido. Nadie en los alrededores hablaba, y del interior de la vivienda no salía ni un susurro. Se había quedado solo, pero esta vez se alivió de que fuera así. Necesitaba un poco de tranquilidad y alejarse del caos que había, sin querer, provocado.

Caminó con lentitud hacia el bosque, procurando mantener la espalda bien recta para que las heridas no rozaran constantemente con su camisa. Una vez solo, se la quitó y su piel se lo agradeció.

Sin ningún rumbo fijo vagó entre los abedules hasta que se sintió muy cansado, y allí decidió sentarse por un momento. Sus músculos estaban agotados, y aún persistía ese dolor intermitente en su espalda que le hacía olvidar por momentos el del brazo. Solo cuando el cuerpo le dio un respiro, recordó toda la escena y comenzó a llorar. Al principio fue un llanto reprimido y mezclado con dolor físico, pero luego pasó a ser emocional, y su cara, pecho y panza se llenaron de lágrimas que caían a borbotones hasta hacerle difícil respirar. No supo por cuánto tiempo estuvo así, pero cuando no le quedaron fuerzas para seguir ya era casi de noche.

No podía volver a su casa, ni tampoco quería hacerlo. Pensó en dormir allí mismo, pero luego se le ocurrió una mejor idea. Tomó su camisa y se dirigió al único lugar donde sabía que sería bien recibido.

Unos minutos después distinguió el humo en el aire, y luego, la choza. Tocó la puerta con suavidad. No quería provocarle un susto.

—¡Muchacho! —dijo Andrey al asomar el rostro por una ventana—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Illya entró sin decir nada a la isba y abrazó al militar, quien justo antes de responder el gesto observó las heridas aún abiertas de la espalda.

—Pero, ¿qué diablos ha sucedido?

Se sentaron e Illya se lo contó todo desde su perspectiva. Quería que alguien le explicara qué había hecho mal y qué debía hacer para remediar la situación.

—No, Illya, no está en tus manos —resolvió Andrey al final—. Te explicaré un poco cómo funciona nuestra sociedad. En nuestra amada patria no somos todos iguales. Más bien lo contrario. Tú eres un campesino, y no precisamente de una familia enriquecida. En ese caso todo sería distinto. Como la abrumadora mayoría de la población, sois la base de nuestro sistema, por no decir que estáis debajo del mismo.

—Somos siervos —indicó Illya.

—No... y sí —respondió Andrey—. La servidumbre no existe desde hace cuarenta años, pero en la realidad perdura, de alguna manera. Verás, cuando el zar Alejandro II, el abuelo del actual, vivía promulgó la liberación de los siervos. Después de siglos de esclavitud los campesinos de Rusia eran libres. Sin embargo, la libertad no era suficiente. Un campesino sin tierra no es nada, y la reforma tocaba insuficientemente la distribución de ella. Por eso, a muchos antiguos siervos no les quedó otra opción que comprar pequeñas porciones de tierra a sus antiguos amos. No tenían dinero, nunca lo habían tenido, por

lo que debieron hacerlo a través de promesas de pago en el futuro. Pero, claro, casi todos los que se sometieron a este sistema quedaron atados de por vida a sus deudas, que, además, crecen con el tiempo. Esa es la razón por la que la servidumbre sigue existiendo en Rusia, y, en definitiva, muchacho, es el motivo de esos latigazos.

—No comprendo qué relación tiene con Larisa.

—Debes entender esto, Iliusha. Aquí, en la profundidad de nuestra patria, las distintas clases no se relacionan entre sí más de lo indispensable. Tú has roto esa costumbre, y Baranov lo ha tomado como un insulto. Su hija está destinada a relacionarse con la alta sociedad de Kostromá, o incluso de San Petersburgo, y su reputación debe ser intachable. Él ha intentado procurar eso dándote a ti y a todos una lección.

—De que no debo hablar con ella.

—Ni con nadie de su familia.

—Pero papá ha ido a hablar con él.

—A suplicarle algo, supongo. Es el único lenguaje que entienden.

—¿Y tú, Andrey? ¿Acaso tu padre no era campesino?

—Lo era, pero yo he hecho la carrera militar, y aunque tiene límites claros para alguien sin nobleza en su sangre, sí que permite avanzar en la escala social.

—¿Es la única manera?

—No. Hay algunos músicos o escritores que han llegado lejos gracias a su talento, pero con ese brazo herido no te veo en el Bolshoi de Moscú —explicó con humor.

—Militar, entonces.

—Pues sí. Aunque debes tener cuidado. Para un campesino el ejército puede ser algo muy duro. Nos mandan al frente de

batalla en las peores condiciones, somos muchas veces simples números en los mapas de campaña o, peor aún, puede que hasta os hagan disparar contra nuestro propio pueblo, por razones que desconoces.

Illya notó que las últimas palabras afectaron a Andrey, y que al darle la espalda tomó dos pequeñas copas.

—Imagino que tomas kvas⁹.

—No. Me imagino que podré de más grande.

—Hijo, hoy has recibido varios latigazos. Ya no eres un niño.

Andrey dispuso una copa repleta frente a Illya, y este tomó apenas un sorbo. Era suave, y hasta algo dulce.

—De todas maneras, acabarás en el ejército —señaló Andrey—. Tu hermano Yegor deberá sumarse en poco tiempo. Es obligatorio, aunque solo por unos años. Luego puede retornar a su condición de deudor eterno de Baranov.

—Por lo que todos podemos salir de esta situación, si permanecemos como militares.

—No, muchacho. Si quieres resaltar de los cientos de miles de reclutas que se suman cada año al ejército, debes ser justamente diferente. Tú tienes una razón más.

—¿Cuál?

—Tu brazo. Si no logra curarse del todo, poco puedes servir en las tropas.

Illya agachó un poco la mirada, angustiado.

—No dejes que tu debilidad te domine, Iliusha. Tómala y hazte más fuerte con ella.

—¿Cómo puedo ser más fuerte, si apenas puedo moverme con facilidad? —replicó con un enojo fruto de la impotencia.

9 Bebida tradicional a base de harina o centeno.

—Puedes lamentarte toda tu vida y resignarte a ser un lisiado que siempre deberá bajar su rostro ante Baranov y su gente.

Illya meneó la cabeza. La mención del aristócrata lo montó en cólera.

—O —añadió Andrey, advirtiendo la reacción del niño— puedes sobreponerte y trabajar en aquello que pueda llevarte más lejos que cualquier músculo herido que tengas.

—¿Y qué es eso?

—Tu mente, chico. Tu mente.

Illya no comprendió del todo el argumento del militar, pero una imagen apareció repentinamente en su cabeza: Larisa, sus hermosos ojos y su súplica para que no le latigaran.

—¿Me ayudarías con eso?

Andrey sonrió y, tras guiñarle, tomó su copa.

—*Tvoió zdorovie!*¹⁰

* * *

Era una semana muy especial en Bui, como en toda Rusia¹¹. La reflexión, la culpa y los escrúpulos se habían apoderado de la pequeña ciudad inmersa en el bosque, llenándola de ese mismo misterio que Illya buscaba explicar en la llama de su cirio. Su estómago rugía, y se sentía algo débil, aunque su corazón esperaba con alegría y emoción las palabras del padre Grigoriy.

Ese año había participado en todos los ritos. Se sumergió en el agua fría del río en el jueves limpio, sufrió con los demás

10 ¿A tu salud!

11 La Iglesia ortodoxa se guía por el calendario juliano, no el gregoriano.

la representación de la muerte de Cristo, ayunó hasta el extremo, siguiendo el ejemplo de Yegor. Y ahora, después de recorrer toda la semana con una inesperada devoción, sentía su fin con más expectativa que cualquiera. Además, sabía que el día siguiente estaría cargado de juegos y humor, algo que su ánimo necesitaba.

La noche reinaba desde hacía horas, aunque doscientas velas juntas creaban cierta visibilidad, ayudadas por la luz de la luna que se colaba entre los altos abetos que rodeaban la iglesia de la Anunciación.

El ambiente era cautivador, en especial para los ojos de un niño. Solo había una combinación que podría lograrlo. Fuego y oscuridad. Las personas parecen distintas, pensaba Illya, como si una parte de ellas solo saliera a la luz cuando esta no existía.

A su lado estaba Andrey. Durante las semanas anteriores prácticamente había pasado cada instante con él, con la excepción de las últimas noches. Piotr se había calmado y Oksana le permitía ahora ingresar a la isba, aunque no esperaba a que saliera el sol para marchar nuevamente al bosque.

Al principio iba solo, pero luego fueron sumándose Katya y Misha, que acabaron entusiasmados con la idea de escuchar las historias del viejo militar. Claro que, para recibir esa recompensa, primero debían cumplir con las arduas tareas que les imponía. El alfabeto era el primer objetivo, e Illya ya soñaba con los símbolos de tanto verlos. Katya parecía comprender todo más rápido, pero bueno, siempre había sido la más lista. Lo que le preocupaba era que Misha le seguía el ritmo, ¡con solo cuatro años! Debía esforzarse más si no quería quedarse atrás.

De pronto, las puertas de la iglesia se abrieron, y de su interior salió el padre Grigoriy con las manos alzadas.

—¡Cristo ha resucitado!

—¡En verdad ha resucitado! —respondieron en coro todos los fieles.

En tan solo unos segundos la iglesia se llenó de luz. Eso era lo que más esperaba. Ingresaron y cientos de velas lo enneguicieron un instante, al tiempo que los feligreses se unieron a un cántico solemne y hermoso. Lo conocía. Su madre se los había enseñado para poder participar juntos en familia.

La ceremonia duró dos horas más. En otra ocasión se habría aburrido, pero siempre le fascinaba la misa de Resurrección. Solo Misha se quedó dormido.

Al salir el ambiente de alegría era contagioso. Hombres que usualmente ni se hablaban terminaban fundidos en un largo abrazo; alguna que otra niña aprovechaba la oportunidad para saludar al chico que le gustaba, y hasta Piotr lo besó en la frente.

Era realmente un nuevo comienzo, una oportunidad para cambiarlo todo. Sospechaba que todo sería igual, pero la idea de una transformación tan rotunda era simpática.

Esa noche no durmió. Prefirió descansar de costado mientras observaba la chimenea, y pensaba en todas aquellas cosas que le gustaría que fueran distintas. Su primer encuentro con Larisa, la relación con su padre, la tristeza casi permanente de su madre, su condición de siervo. Larisa de nuevo.

Se sorprendió al notar que sus hermanos se levantaban y que algunos rayos de luz entraban por la ventana. No había descansado nada, pero sonrió y se levantó con energía.

—¡Pascua! —gritó Misha al levantar a sus padres.

—Sí, Misha —respondió su madre suavemente—, es Pascua.
—¡Huevos! —exclamó el pequeño.

Katya ya estaba hirviendo la remolacha, lo que tiñó rápidamente el aire de un aroma suave y dulce. Alina también se levantó con premura y se dispuso a preparar el *kulich*¹² de ese año. Le encantaba hacerlo, y a todos su resultado. Además, siempre dejaba que los más pequeños lamieran los utensilios con los que cocinaba.

Illya quiso quedarse a ayudar, pero su padre lo llamó, junto a Misha y a Yegor. Salieron de la isba al tiempo que los vecinos varones hacían lo suyo, y se encaminaron al bosque. No tardaron mucho en encontrar arbustos de enebro, y durante unos minutos juntaron suficientes ramas como para rodear su hogar. Luego Piotr los juntó a una distancia suficiente para que el fuego no llegara a las vigas de la isba, y con un puñado de brasas sobrantes de la chimenea comenzó a soplar. Poco a poco surgió una llama que se expandió con tranquilidad por toda la circunferencia, soltando un olor cautivador a pino fresco con resina quemada. De todo Bui brotó la misma humareda, y si bien se disipó rápidamente, dejó a su paso un aroma sutil que los acompañaría varios días. De esa forma sus viviendas quedaban purificadas y evitaban que se propagaran enfermedades.

Solo cuando las llamas se habían apagado del todo ingresaron de nuevo a la isba. Ahora el efecto de la remolacha hervida y el *kulich* en el horno fue demoledor. Incluso Piotr esbozó una sonrisa mal disimulada.

Los huevos llevaban un largo rato tiñéndose en el caldo, por lo que Katya decidió que sería un buen momento para

12 Bizcocho esponjoso tradicional de la Pascua rusa.

comenzar la decoración. Menos Piotr y Yegor, todos se sentaron en la larga mesa de madera de abeto y cada uno tomó uno. Luego, con pequeñas varillas, mancharon las puntas en diferentes extractos que Oksana había preparado el día anterior. Bayas, cebolla, repollo, resina y demás.

Era posiblemente el momento más feliz del año para los niños. Katya siempre los sorprendía a todos con sus jugarretas sobre la cáscara teñida, aunque Illya intentaba no quedarse atrás.

Tardaron más de una hora en preparar la canasta, justo el tiempo necesario para que Alina considerara que su *kulich* estaba listo. Luego esperaron un instante a que se enfriara y salieron en dirección a la iglesia. Pero esta vez no les esperaba una larga ceremonia, sino una alegre celebración. Más de cien personas ya habían llegado, entre ellos Andrey, Kozlov y, por supuesto, el padre Grigoriy.

Illya se coló entre los llegados y distinguió tras de ellos una larga mesa, que pareció llenarse poco a poco. Katya se acercó también a ella y dispuso los huevos de su familia en una canasta. Había ya unas veinte, y seguramente faltaban otras tantas. Poco tiempo después, en aquella mesa no cabía nada más.

No era aún mediodía cuando el pueblo llenó la plaza de la ciudad. Illya saludó respetuosamente a casi todos. Los conocía, eso era inevitable, aunque no por ello les guardaba el mismo afecto. Había algunos borrachos empedernidos que solo se arreglaban para una celebración así; una que otra vieja mujer que hablaba todo el tiempo mal de quien no estuviera presente, niños que lo molestaban. Pero eran, de alguna forma, su mundo, y le costaba imaginar que fuera de Bui hubiese mucho más. Sin embargo, Andrey había creado en él la inquietud por averiguarlo, y sabía que no era el único.

—Cuando pueda, me largo de aquí —le había asegurado Katya en más de una ocasión. Era una afirmación polémica para una mujer, pero él la comprendía, y no le importaban lo más mínimo las diferencias de sexo.

—¡Que comiencen los juegos! —exclamó el padre Grigoriy haciendo callar a los demás.

Los adultos se alejaron un poco de la mesa repleta de comida, dejando espacio a los más pequeños. Uno a uno, estos fueron tomando los huevos que se habían dispuesto en la mesa, aunque en general escogían alguno de los que ellos mismos habían pintado. Illya tomó uno con varios puntos violetas que le había llevado varios minutos decorar.

Luego se dispusieron en línea y el padre Grigoriy los fue llamando de a dos. Era un juego divertido. Los niños golpeaban su huevo contra el oponente, y quien terminaba el choque con el suyo intacto pasaba a la siguiente instancia. En general, él no duraba mucho. Se necesitaba cierta fuerza y suerte, y no se caracterizaba por ninguna de las dos. Además, tuvo que coger su huevo con la mano izquierda, lo que causó la risa de varios muchachos de su edad.

Cerró los ojos cuando le tocó su turno. Sin embargo, los abrió nuevamente cuando notó una textura líquida en su mano y su cáscara en perfecto estado. Sonrió sin buscar ofender a su oponente, quien aun así le devolvió una mirada vengativa.

Siguiente instancia, una niña un par de años más grande que él. No se llevaban bien, o más bien ella no era muy amable con él. No sintió culpa cuando le destrozó el huevo sin sufrir él ni un rasguño. Estaba con suerte, y comenzó a sentirse entusiasmado. Miró al resto de los participantes y se alegró aún más al ver que Misha y Katya seguían participando.

El siguiente niño tenía su cáscara un poco dañada, por lo que le resultó fácil romperla un poco más. Miró a su padre y, complacido, notó que le sonreía. Katya, a su vez, parecía avanzar sin problemas, aunque a ella no le demostraran nada. Percibió esa diferencia, y en la siguiente instancia prestó atención a si alguno de sus padres se fijaba en ella.

Pero no, solo importaba él. Era el hombre que quedaba en juego tras la eliminación de Misha. Le pareció injusto y hasta estúpido, y en las siguientes fases se preocupó más por si Katya seguía adelante que por su propio desempeño.

De pronto se encontró con que solo quedaban ellos dos. Los ojos de todos los presentes se posaban en sus huevos, expectantes de saber quién sería el ganador ese año. Illya pensó en las consecuencias que habría si ganaba. Ya no se burlarían tanto de su brazo lisiado, ya que solo haría más rotundo su triunfo. Por otro lado, si ganaba Katya no habría tanto festejo. El año anterior había sucedido con otra muchacha, y las felicitaciones dejaron mucho que desear.

La miró a los ojos y presintió que ella pensaba lo mismo. Seguramente quería vencer, pero entendía que todos los demás esperaban el resultado contrario.

—¡Ahora! —ordenó el padre Grigoriy.

Los dos acercaron sus huevos con velocidad y por un instante la aldea se quedó en silencio. Los participantes miraron sus manos para averiguar cómo había acabado aquello y comprobaron que el huevo de Illya se había quebrado a la mitad, en cuanto el de Katya se mantenía intacto.

Hubo algunos vítores alejados, y por supuesto que se mantuvieron las formalidades de coronar a la vencedora, pero, como era esperado, la euforia prácticamente no apareció. Un par

de muchachas se acercaron a Katya para abrazarla y saludarla, pero el resto de los presentes se dirigió hacia las mesas donde almorzarían.

Illya miró a su padre y se acongojó al ver que lo observaba decepcionado. Decidió alejarse un instante hasta que los demás solo tuvieran en su mente lo que comerían y beberían, para que así se olvidaran de él. Solo Andrey se percató de su reacción.

—¡Pero muy bien, chico! ¡Has llegado a la final!

—Sí —respondió sin mirarle a los ojos—. La desaprobación de su padre le había dolido mucho.

—¡Vamos! ¡Ánimo! El año que viene quizás sea tu oportunidad.

Illya miró a su hermana. Katya rebosaba de alegría, y sus amigas se reían a su lado. De pronto, se sintió mejor. Había resultado. No lo había hecho del todo consciente, y quizás ella hubiera ganado de igual modo, por lo que decidió guardar el secreto de que justo antes de impulsar su huevo, lo había apretado fuertemente para ayudar a que se rompiera. Ahora Katya le había robado la sonrisa a media aldea, acrecentando la suya propia. Sintió su pecho inflarse de orgullo.

—Sabes, de alguna forma he ganado.

* * *

Se quitó el sudor de la frente con el antebrazo. Llevaban horas repitiendo la misma tarea y el sol primaveral ese día los alumbraba con toda la fuerza que había guardado en los meses previos.

—¡Debes ser más rápido! —gritaba Piotr a cada instante, pero su brazo derecho se resentía nuevamente, y con la izquierda

no era tan hábil. Aun así, casi lograba alcanzar la velocidad de Yegor, por lo que, por más gritos que le propiciara su padre, estaba, dentro de todo, satisfecho.

Era época de cosecha, posiblemente el momento más importante del año, y toda la familia participaba, de alguna manera, en la labor. Los hombres cortaban los manojos de cebada con la guadaña, armaban las gavillas y luego las juntaban en pequeñas pilas que se disponían al sol para secarse bien. Por su lado, las mujeres separaban los granos ya secos de los tallos cortados con anterioridad para luego esperar su turno en el molino de la aldea. Debían tener todo listo para cuando el Mir¹³ los autorizara a usarlo.

Piotr se ponía especialmente nervioso esos días, y no era para menos. De la cosecha debían separar una cuota establecida en el consejo para cumplir con las obligaciones con el zar, y recién luego podrían ver realmente cuánto tenían para sobrevivir hasta la próxima temporada. Era un arduo trabajo y más de una vez el resultado final había sido prácticamente nulo. Peor aún si llovía demasiado o muy poco, y en esos casos la situación se hacía realmente desesperante.

Ese año, al menos, el tiempo había sido benévolo, y se notaba en la tranquilidad de Oksana. Gran parte de la producción se vendería en conjunto con el resto de los campesinos en el mercado de Kostromá, y desde allí a Moscú o incluso a San Petersburgo.

—Menos mal —pensaba Illya mientras cortaba los manojos—. Si la cosecha fuera mala, seguramente me culparían a mí

13 Los campesinos rusos se organizaban en Mir, es decir, comunidades organizadas que distribuían las tierras arables y a su vez recolectaban los impuestos para el gobierno zarista.

de sus desgracias por haber frustrado el pedido a Baranov de una parcela mejor.

El padre del terrateniente había sido hábil, como la mayoría de su clase, al reservarse las pocas porciones de tierra negra de la zona tras la emancipación de los siervos. De ese modo, mantenía su posición de control sobre Bui, y aunque algunos campesinos libres habían prosperado moderadamente, no podían compararse ni remotamente con el poderío del noble.

—¡Es hora de comer! —gritó Oksana con fuerza para que le escucharan.

Enderezó su espalda y la estiró con energía, llevando sus brazos hacia atrás.

Solo por eso logró verla. Escondida tras un abeto, una niña lo observaba con detenimiento. Estaba a una distancia considerable como para distinguirla, aunque supuso, por la vestimenta, de quién se trataba. Por un instante no supo qué hacer. Temía la reacción de Piotr, e incluso la del padre de la muchacha, pero, por otro lado, su corazón se agitó y un nerviosismo agradable brotó de sus entrañas. Debía tomar una decisión con premura. Su padre y sus hermanos ya se dirigían hacia donde estaban las mujeres.

—¡Seguiré trabajando! —exclamó sorprendiéndose a sí mismo por su iniciativa.

Piotr lo miró un instante, pero luego no le hizo caso, y lo dejó solo en medio del cultivo. La cebada tenía un buen tamaño, y aunque no alcanzaba para taparlo totalmente, si fingía estar agachado para cortar con la guadaña podía lograr no ser visible. Claro que no tenía demasiado tiempo. Los refrigerios de los campesinos siempre eran frugales y no alcanzaban a generar pereza en quienes los ingerían.

La niña seguía allí, por lo que se dirigió hacia ella sin enderezarse. Al parecer, era una posición graciosa, ya que Larisa comenzó a reírse y debió taparse la boca para no llamar la atención.

Solo al llegar y poder quedar oculto tras el árbol irguió su espalda.

—Eres gracioso —señaló ella liberando su sonrisa.

Illya sonrió, sin saber qué responder. Larisa era preciosa, con su pelo suave y ondulado. Además, ahora sí pudo apreciar el color de sus ojos con más precisión.

—¿Qué hacen?

—Cosechamos —respondió Illya, aliviado de poder responder y no quedar como un estúpido—. Junto a mi padre y mis hermanos cortamos la cebada, y luego las mujeres separan el grano para terminar de secarlo.

—¿Son tierras de mi padre?

—No. Son nuestras. En realidad —aclaró—, son de la comunidad. Nos las repartimos en función del tamaño de cada familia.

—¿Y por qué tu padre fue entonces a pedirle favores al mío?

—Porque el tuyo posee las mejores tierras, muchas más de las que necesita.

Larisa asintió, y le sonrió sin causa.

—¿Cómo lograste venir hasta aquí? —preguntó él—. ¿No pasará nada si no te encuentran?

—Mi padre no está en casa. Viajó hace una semana a San Petersburgo, por lo que estoy casi todo el día sola. Tengo criados, por supuesto, pero creen que estoy en mi habitación, jugando. Una vez que cierro con llave, no me molestan. Solo debo estar antes de la hora de comer.

—¿Y no es a esta hora?

—No, vosotros coméis muy temprano.

—Es porque nos levantamos muy temprano.

Larisa asintió, pero pasó un rato largo hasta que volviera a hablar.

—¿Te duele la espalda? —indagó la pequeña para cambiar de tema.

—Ya no. ¿Quieres ver?

Se levantó la camisa, pero Larisa puso tal mueca de horror que tuvo que bajarla rápidamente, ahora con vergüenza. No supo qué decir por un instante, y la situación se hizo incómoda.

—Lo siento —dijo finalmente ella.

—¿Por qué lo sientes tú? —preguntó conmovido Illya.

—Fue mi padre...

—Precisamente, fue tu padre, no tú. De hecho, recuerdo que fuiste la única que intentó frenarlo.

Larisa dejó escapar una lágrima mal disimulada que lo conmovió como nada lo había hecho antes. Tomó el mentón de la pequeña y lo alzó para mirarla a los ojos.

—Si algo me consoló en su momento fueron tus intentos de protegerme. Yo debo agradecerte, más que aceptar tus disculpas.

Logró que Larisa sonriera mostrando alivio en su expresión.

Seguramente el almuerzo estaba a punto de acabar, por lo que debía volver rápidamente a su trabajo.

—Debo irme, mi padre no debe vernos, si no... ya sabes.

—Pero quiero que nos veamos nuevamente —interrumpió la muchacha con decisión.

—Es peligroso.

—No me importa. Me aburro en casa y quiero aprender todo de vosotros... y de ti.

Illya pensó rápidamente cómo podrían hacerlo, y se le ocurrió una idea.

—¿En qué momentos te dejan sola?

—Tengo una institutriz, pero por el momento está en Kostromá visitando a su madre enferma, por lo que tengo mucho tiempo.

—Bien, en una semana acabaremos el trabajo. Podremos encontrarnos en ocho días a las afueras de tu... villa, a esta hora. Te llevaré a conocer al hombre más interesante de nuestra ciudad.

—¡Esperaré ansiosa!

—¡Igual yo!

—Adiós, Larisa.

—Hasta pronto, Illya.

Volvió con prisa a ocupar su lugar y se tranquilizó al notar que su padre todavía no volvía. Estaba feliz, feliz y ansioso. Larisa se acordaba de su nombre, y quería verlo nuevamente. Era riesgoso, sí, pero algo dentro de él lo animaba a hacerlo, sin importar las consecuencias. Seguramente Andrey podría ayudarlo. Ese mismo día, al llegar la noche, lo visitaría, y con una taza de té de por medio le contaría cómo había sido el momento más bonito de su vida.

* * *

Tarea difícil, la suya. Al principio no supo cómo decirlo, hasta que ya era muy tarde y decidió dejarlo para otra ocasión. Pero

era el único tema que gobernaba sus pensamientos, y tras dos días de ansiedad extrema reunió fuerzas para contarle.

Por un instante Andrey pensó que se trataba de una broma, hasta que entendió la seriedad con la que venía el asunto.

—No. —Había sido su respuesta.

—Por favor, Andrey, te prometo que...

—No.

Todo cambió cuando Illya, en vez de llorar como un crío, expresó sus razones con total claridad.

—¿Acaso no me enseñas tú que somos todos iguales ante los ojos de Dios?

—Sí, pero es muy osado. Podrías tener problemas. —Andrey intentó ocultar el hecho de que tenía temor de las represalias, pero su joven alumno sabía qué cartas jugar.

—Sería una forma excelente de poner en práctica tus ideas sobre los cambios que necesita Rusia.

Luego vino una hora muy extraña en que ninguno habló, lo cual no quiere decir que no se dijeran nada. Los ojos y los gestos eran suficiente reemplazo.

Finalmente, el militar cedió, aunque con condiciones muy estrictas.

—Nadie debe enterarse, ni tu padre, ni tu madre, y, sobre todo, no debe llegar a oídos de Baranov.

—Lo juro. Convenceré a mis hermanos de lo mismo.

—Es Katya la que me preocupa.

—Con ella puedo razonar. Misha es, tal vez, quien tiene la lengua más suelta, pero confía en mí. Será una tumba.

—Bien, en caso de ser así, acepto. Pero te advierto, no tendré consideraciones porque sea hija de un terrateniente. En mis clases todos deben respetarme por igual y completar las lecturas.

—Créeme, es muy inteligente, y si se ha fijado en mí es porque no se considera ni mejor ni peor que nadie.

—Ve, habla con tu hermana —replicó finalmente Andrey.

Sorpresivamente, Katya se mostró gustosa de la nueva compañera de estudios. Era otra mujer, al fin y al cabo, y además le llamaba mucho la atención la vida de las clases altas. Misha se tomó el asunto como un juego y prometió no decir ni una palabra.

Así, esperó con más nerviosismo aún la llegada del día pactado. Por suerte, Larisa también lo recordaba con exactitud, y cuando él fue a buscarla a las afueras de su residencia la encontró sentada en un tronco cortado, mientras observaba el juego de una pareja de *sneguires*¹⁴. Sin decirse prácticamente nada, se tomaron de la mano y se dirigieron a la isba de Andrey, lo que les llevó al menos una hora.

Illya temió por un momento que Larisa lo encontrara aburrido, pero la caminata fue de lo más agradable. No hacían falta palabras, era un día soleado y el bosque vibraba en todo su esplendor.

Cuando llegaron a la choza del militar encontraron a Katya y a Misha en la entrada. Habían llegado unos minutos antes, pero querían esperarles para que Larisa se sintiera más cómoda. Y así fue. Casi de inmediato, las dos mujeres congeniaron, y ya reían a la par cuando Andrey abrió la puerta.

—¡Me alegra veros! A todos —agregó guiñándole a la niña noble.

Larisa se inclinó levemente, como le había enseñado su institutriz, y Andrey le devolvió una tierna carcajada que rápidamente

14 Pequeño pájaro colorido, muy presente en la cultura rusa.

la libró de todo protocolo. Tomó su samovar y sirvió cinco tazas de madera.

—Me imagino que habéis completado vuestra lectura —indagó mientras repartía la bebida.

—¡Claro que sí! —afirmó Katya, quien notó luego la confusión de Larisa—. Debíamos leer un cuento del gran autor Aleksandr Puschkin.

—*La zarevna muerta y los siete guerreros* —aclaró Misha para llamar la atención, aunque en realidad no lo había leído, aún no sabía hacerlo, pero sí que había escuchado toda la historia mientras Katya lo hacía.

—Muy bien. ¿Conoces acaso tú también la historia? —preguntó Andrey a Larisa.

—No. He leído algunos textos de él, pero no precisamente este.

—Es muy entretenido —interrumpió Illya, buscando impresionar a la muchacha—. Trata sobre una dulce y gentil zarevna que causaba envidia en su madrastra, la zarina. Esta tenía un espejo mágico que podía hablar, y justamente así se enteró de que la pequeña iba a ser mucho más hermosa que ella.

—Para impedirlo —prosiguió Katya queriendo dejar en claro a Andrey que todos habían completado la lección—, decidió enviar a su criada y a la zarevna al bosque, donde esta última debía morir. Pero Cherniavka, la sierva, no pudo hacerlo. En cambio, decidió dejarla abandonada y confiar en que la suerte la salvara.

—¡Y los guerreros la salvaron! —exclamó Misha.

—Sí, bueno, algo así —explicó Katya—. Mientras vagaba por el bosque buscando una razón a su mala fortuna, encontró una isba donde refugiarse. Estaba vacía, aunque habitada.

Al principio, dudó si quedarse o no, pero al distinguir varios íconos llegó a la conclusión de que allí vivía gente de bien. Prefirió limpiar todo hasta que llegaran, pero el cansancio la venció y se acostó por un instante.

—Mientras dormía —continuó Illya— llegaron a la isba siete guerreros de largos bigotes. Quedaron sorprendidos al notar tanta limpieza, y cuando se preguntaron qué había sucedido, la zarevna se despertó. Increíblemente, los guerreros se enternecieron con su historia y le permitieron vivir con ellos el tiempo que quisiera.

—Pero la zarina se enojó —interrumpió nuevamente Misha.

—Porque el espejo le aclaró que la zarevna seguía siendo más hermosa —explicó Katya—. Decidió entonces encargarse ella misma del asunto y, disfrazándose de una mendiga, fue a visitar a la princesa. Esta, en su gentileza, le ofreció pan, y a cambio la malvada zarina la obsequió con una manzana envenenada. Claro que esto la zarevna no lo sabía, y al primer mordisco se desplomó por el suelo.

Andrey se levantó y rellenó su taza. Como él no hablaba, bebía.

—Cuando los guerreros volvieron, encontraron a la princesa en ese estado, y pensaron que estaba muerta. Esperaron tres días a que despertara, pero cuando vieron que no tenía sentido, la llevaron hacia una caverna en una montaña cercana y la dejaron allí, dentro de un ataúd de cristal.

—Por suerte, un caballero que estaba destinado a casarse con ella la había buscado todo el tiempo —dijo Illya con un tono optimista, queriendo imprimir entusiasmo al relato—. Y gracias a un consejo del viento la encontró en la caverna. Allí rompió el cristal y, sorprendentemente, la zarevna despertó.

La historia concluye con su retorno al palacio y la muerte de la zarina del disgusto.

—¡Qué bien lo habéis relatado! —concluyó Andrey—. Es un avance importante. Solo habéis tenido una semana. Creo que podemos pasar a textos más complejos.

—¿Divertidos? —preguntó Misha.

—Algunos sí, otros simplemente importantes. No todo es divertido, y es conveniente que aprendáis lo que no lo es.

Larisa se mostraba fascinada. Todo el entorno era especial y nuevo para ella, tanto que se sentía dentro de un cuento.

—Aprovecharemos que tenemos una nueva estudiante —indicó Andrey— para pasar a libros que nos hablen de nuestra sociedad. Dime, Larisa, ¿qué clases de libros te hace leer tu institutriz?

—Muchos, a decir verdad. Shakespeare, Alexandre Dumas, Molière y, por supuesto, las sagradas escrituras.

—¿Quién te gusta más?

—Es difícil de decir. Si debo elegir un libro, este no estaría entre los que me ofrece la señorita Vólkova. Una de mis hermanas me regaló hace un año una novela extranjera. Mark Twain es su nombre. Es muy entretenido.

—No he sentido hablar de él, pero podrías presentarnos sus historias la próxima semana. Veo, además, que no hay muchos autores rusos en tus clases.

—No. Papá quiere que nos eduquemos en la cultura francesa e inglesa. Dice que para la rusa ya habrá tiempo.

—Es una pena. Rusia le ha dado al mundo grandes escritores, algunos de renombre internacional. Pero bueno, ahora que estáis aquí podrás verlos. De más está decir que no debes difundirlo.

—Contad conmigo. No desperdiciaré esta oportunidad. No me he divertido tanto en años.

—Bien. Ustedes tres —señaló a los hermanos— debéis leer esta obra. —Tomó un pequeño libro de la mesa a su derecha y se lo ofreció a Katya.

—*Almas muertas* —leyó—. De Nikolái Gógol.

—Precisamente —indicó el veterano—. Es una de las obras que más me gustan, y su autor, un verdadero genio —señaló tocándose la cabeza con un dedo—. Quizás podáis sentir os algo identificados en su lectura. Solo tengo una copia, por lo que tendréis lecciones separadas. Ustedes leerán a Gógol, y tú, Larisa, presentarás al autor americano.

Los cuatro niños sonrieron entusiasmados. Para Illya y sus hermanos aquellas lecturas les abrían un mundo nuevo de interrogantes y aventuras. Para Larisa, una perspectiva totalmente diferente de sus novelas. Ahora debía relatarlas, contarlas con emoción y locuacidad, y eso, de alguna manera, era divertido.

Volvieron juntos hasta la villa de Baranov, donde esperaron que Larisa se colara nuevamente entre las ventanas de su habitación, y luego retomaron el camino a su isba. Prefirieron acortar camino por el bosque, y se sorprendieron silbando al unísono una melodía pegajosa.

Illya miró a sus hermanos y sonrió sin querer dar una explicación. Tenía algo de hambre y sabía que así sería el resto del día, pero de todos modos pensó que no habría momento más feliz que aquel, y que, si por él fuera, solo cambiaría una cosa en su vida: no tener que dejar a Larisa en otro lugar, sino acompañarla, así fuera a los confines del mundo.

* * *

—Debéis quedaros aquí —ordenó Oksana—. Además, seguro que está así de mal por alguna seta que debéis haber comido en el bosque.

Katya e Illya se miraron al tiempo que intentaban recordar, pero no, no había sido una seta. Seguramente Misha había tragado alguna baya sin consultarles, o había ingerido demasiado té en la choza de Andrey. De todos modos, no estaban muy preocupados. Su madre siempre lo exageraba todo, y Misha vivía tragando lo que no debía. Además, en Bui tenían un médico que estaba pronto a llegar. Cómo pagarle sería otro asunto.

—Si vuestro padre se entera, se las agarrará con vosotros —amenazó, aun cuando a ella misma le aterrorizaban los arrebatos de Piotr. Aunque siempre hacía lo mismo. Los espantaba al máximo, pero cuando el padre llegaba los terminaba protegiendo. De todos modos, era muy probable que Piotr no volviese aquel día. Había partido junto a otros campesinos con destino a Kostromá, donde esperaban vender los frutos de la cosecha. Eran días tranquilos en la isba.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Kozlov. Oksana le abrió con premura y el médico entró después de sacudirse un poco las botas, seguido luego por Alina, quien había salido para solicitar su ayuda.

—Gracias, señor Kozlov, por venir con tanta rapidez.

—Es un placer, señora Petrova. —El joven médico era siempre muy respetuoso, además de elegante, sobre todo considerando que en Bui era fácil ensuciarse.— ¿Cómo anda tu brazo, chico? —preguntó dirigiéndose a Illya.

—A veces me duele, incluso en ocasiones no puedo ni levantarlo.

—Paciencia. Será una recuperación lenta. Lo importante es que siga allí, ¿no?

Illya asintió, no demasiado conforme con el diagnóstico.

—Veamos al pequeño. —Kozlov se sentó al lado de Misha, comenzó por tocarle el rostro y luego por hacer suaves masajes en su pequeño estómago. Los demás hermanos miraban detenidamente sin entender nada, y Oksana ya se agarraba el pelo vaticinando lo peor.

Solo una persona estaba encantada con aquella visita, aunque nadie lo sospechara. Era comprensible, Maksim Kozlov era el hombre más codiciado de la aldea. Su pelo suave caía sobre sus hombros en forma de pequeñas ondulaciones y sus ojos eran muy expresivos, por no hablar de su caballerosidad y lenguaje fluido.

Katya se había fijado en él varios meses antes, y cada vez que volvía a verlo quedaba hechizada de algún modo por su presencia. Tanto como para dejar de preocuparse por Misha.

—No es nada. Malestar de vientre, eso es todo. Debéis hacerle una infusión de *távolga*¹⁵. Si no tenéis, yo puedo ofrecerlos. Traje suficiente de mi último viaje a Yaroslavl.

—No podría pagarlo —indicó Oksana—. ¿Hay otra cosa que pueda hacer?

—Señora Petrova, si he venido a Bui no ha sido precisamente para hacer fortuna. Además, ¿qué haría yo si el pequeño Misha empeorara? —preguntó con simpatía.

—Es usted muy amable.

—Podemos zanjar el asunto con una invitación para almorzar su famoso Borsch caliente —propuso Kozlov.

15 Hierba usada en la medicina tradicional rusa.

—Estaremos encantados, pero debemos esperar a que mi esposo vuelva.

El médico asintió y sacó de su bolso un manojo de *távolga*. Luego de dárselo a Oksana, se dirigió nuevamente hacia la puerta.

—Esperaré ansioso el regreso de Piotr —afirmó a modo de saludo. Justo antes de cruzar el umbral, notó que Katya lo miraba fijamente, sin poder disimular una sonrisa involuntaria. Le guiñó un ojo como haría con cualquier niño a modo de juego, y partió.

Solo que Katya no lo tomó de la misma manera, y desde ese momento no dejó de pensar ni un instante en él.

